29º DOMINGO – DE TIEMPO ORD. (B)

LA VOLUNTAD DE SERVIR

Uno de los títulos o descripciones con los que la gente no quiere ser asociada es ser llamado "siervo o esclavo". La mayoría de las veces se considera degradante y hace que uno sea menos importante. Se considera que está describiendo a alguien como un ciudadano de clase baja. La gente no quiere ser un sirviente porque va con el trabajo y el esfuerzo.

Pero tendemos a olvidar que la mayoría de las personas que han sido grandes, si no todas, se hicieron sirvientes, o asumieron la naturaleza de un siervo para alcanzar lo alto. Moisés era considerado el siervo de Dios, (Nm.12:7); María se consideraba a sí misma como la criada del Señor, (Lc 1:38); Pablo siempre se describió a sí mismo como el siervo de Cristo Jesús, (Romanos 1:1).). Lo más importante es que Dios mismo es un siervo de Sus criaturas, porque desde la creación, Él no ha dejado de trabajar para salvarnos. Día y noche, Él nos sirve a través de Sus ángeles.

Las lecturas de hoy muestran más luz sobre a qué conduce el servicio. La primera lectura describe la disposición del siervo a sufrir. "Se ha hecho a sí mismo una ofrenda por el pecado". Esta entrega le traería cosas buenas; sus días se prolongarían, prosperaría, salvaría su alma y haría justos a los demás. Por lo tanto, el deseo de sufrir por los demás le ganaría la alegría eterna.

El siervo más grande en el que podemos pensar es Jesús, el Dios hecho Hombre. A pesar de que Él era y es Dios, Él se entregó a Sí mismo y tomando la naturaleza de un esclavo murió una muerte vergonzosa, (Fil.2). Lo hizo por la salvación de todos. Esto es a lo que conduce ser un siervo. Pero Sus discípulos querían ser jefes. Preguntó si estaban listos para beber de la copa. La copa significa sufrimiento y eso fue lo que leímos cuando Jesús estaba orando en el jardín de Getsemaní. Les dijo que si querían ser grandes, entonces debían estar preparados para sufrir.

Al igual que los apóstoles, a muchos de nosotros nos gustaría ser jefes para que podamos dominar a los demás. Queremos gente a nuestra entera disposición y al llamado, que nos sirvan.

Pero olvidamos que todos los días estamos llamados a ser siervos en todo lo que hacemos. Debemos recordar que incluso nuestros trabajos por los cuales obtenemos nuestros cheques de pago son medios para servir a nuestra comunidad y nación. El agricultor, el pescador, la enfermera, el médico, el gerente, el científico, el deportista, el militar, el obrero, de hecho, cualquiera que sea nuestra profesión y hagamos lo que hagamos, primero debemos considerarnos como siervos.

Con eso en mente, podemos trabajar diligentemente, desinteresadamente y con dedicación y nos llenaremos de alegría. Es entonces cuando nuestro trabajo será significativo y gratificante.

Desde la vida de muchas personas, pasadas y presentes, ser un siervo se asocia con la humildad y la gentileza. Elimina el amor propio y la arrogancia. La otra persona es considerada primero, porque el deseo es ayudar a esa persona o grupo de personas. ¿Estoy dispuesto a servir? ¿Cuál es mi actitud hacia el trabajo y cómo hago el trabajo? ¿Cuál es mi actitud hacia aquellos que hacen trabajos de baja categoría? ¿Los respeto o los menosprecio? Jesús no se avergonzó de llamarnos Sus hermanos. "Cualquiera que sea tu trabajo, pon tu corazón en el como si lo hicieras para el Señor y no para los seres humanos, sabiendo que el Señor te pagará haciéndote Su heredero. Es a Cristo el Señor a quien estás sirviendo" (Colosenses 3:23-24). "Acércate entonces con confianza al trono de la gracia, para que podamos recibir misericordia y encontrar la gracia para ayudar en tiempos de necesidad".